

1

Ahora creo que me dejarán en paz. Es evidente que Rodman vino con la esperanza de encontrar pruebas de mi incapacidad, aunque cómo un incapaz pudo restaurar este lugar, trasladar la biblioteca arriba y hacer que lo transportasen allí sin levantar las sospechas de sus vigilantes hijos, debiera ser una cosa difícil de responder hasta para Rodman. Me enorgullezco un tanto del modo en que gestioné todo eso. Y Rodman se marchó esta tarde sin encontrar ni una pizca de eso que él llama datos.

Así que esta noche puedo estar aquí sentado sin que el magnetófono chirrié más fuerte que el tiempo electrizado, y puedo decirle al micrófono el lugar y la fecha de esta especie de inicio y esta especie de regreso: Casa Zodíaco, Grass Valley, California, 12 de abril de 1970.

Justo en ese punto, podría decirle a Rodman —que no cree en el tiempo—, fíjate en una cosa: empecé a asentar el presente y el presente avanzó. Lo que yo establecí está ya enterrado bajo capas de cinta grabada. Antes de poder decir *yo soy*, yo era. Heráclito y yo, profetas del fluir, sabemos que ese fluir se compone de partes que se imitan y repiten las unas a las otras. Soy o era, también soy acumulativo. Soy todo lo que alguna vez fui, penséis lo que penséis Leah y tú. Soy mucho de lo que mis padres y especialmente mis abuelos fueron, heredé la estatura, el color, el cerebro, los huesos (esa parte, por desgracia), más prejuicios, cultura, escrúpulos, gus-

tos, moral y errores éticos transmitidos que definiendo como si fueran personales y no familiares.

Incluso los lugares, y en especial esta casa cuyo aire el pasado hace denso. Mis antecedentes me sostienen aquí como la vieja glicina de la esquina sostiene la casa. Contemplando sus cables enrollarse dos o tres veces en torno a la casa se podría jurar, y se tendría razón, que si los cortasen el edificio se vendría abajo.

Rodman, como la mayoría de los sociólogos y la mayor parte de su generación, nació sin sentido de la historia. Para él no es más que una ciencia social abortada. El mundo ha cambiado, papi, me dice. El pasado no va a enseñarnos nada a propósito de lo que tenemos por delante. Tal vez lo hiciera alguna vez, o lo pareciese. Pero ya no más.

Probablemente piense que tengo el sistema vascular de mi cerebro tan endurecido como las vértebras cervicales. Probablemente hablen de mí en la cama. *Está mal de la cabeza, vivir allí solo... cómo podríamos, a menos que... inútil... si se cae del porche con la silla de ruedas ¿quién le rescatará? Si se prende fuego con un cigarro, ¿quién se lo apagará?... Maldito viejo independiente, terco como una mula... peor que una criatura. Nunca tiene en cuenta las molestias que produce a la gente que tenemos que cuidar de él... La casa en la que me crié, dice. Papeles, dice, lo que siempre quise hacer... todos los papeles de la abuela, sus libros, recuerdos, dibujos, esos cientos de cartas que nos devolvió la hija de Augusta Hudson cuando murió Augusta... un montón de reliquias del abuelo, algunas del padre, otras mías... cien años de crónica familiar. Muy bien, estupendo. ¿Por qué no donar ese material a la Historical Society y conseguir una buena deducción de impuestos? Todavía puede trabajar en ello. Por qué empaquetarlo todo, incluido él, en esa vieja casa destartada en mitad de cinco hectáreas de tierra que podríamos convertir en algo bueno para todos si aceptase venderla. ¿Por qué criar telarañas como un personaje de novela sureña en un sitio donde nadie puede echarle un ojo de vez en cuando?*

No dejan de pensar en lo que es bueno para mí, en sus términos. No se lo reprocho, sólo me resisto. Rodman tendrá que informar a Leah de que he arreglado la casa para ajustarla a mis necesidades

y que me las arreglo bien. He hecho que Ed cerrase toda la parte de arriba excepto mi habitación y el cuarto de baño y este estudio. En el piso de abajo sólo utilizamos la cocina y la biblioteca y la veranda. Todo está limpio y ordenado y estibado como en un barco. No hay datos.

Así que puedo prever las visitas regulares de inspección y peticiones mientras esperan que me harte completamente de mi independencia. Escrutarán en busca de signos de senilidad y de dolores crecientes, quizás incluso tengan la esperanza de que se produzcan. Entretanto caminarán sin hacer ruido, hablarán en voz baja, agitarán con suavidad la bolsa de la avena, susurrarán y se acercarán cuanto puedan hasta que su brazo consiga deslizar la soga en torno al viejo cuello ya rígido y puedan trasladarme a las verdes praderas para ancianos de Menlo Park donde los cuidados son magníficos y hay tantas cosas para que los residentes estén felices y ocupados. Si sigo tan testarudo acabarán por tener que tomar la decisión en mi nombre, quizás mediante un computador. ¿Quién puede discutir con un computador? Rodman perforará todos sus datos en las tarjetas y las meterá en su máquina, que nos dirá a todos que ya es la hora.

He de hacerles entender que no estoy simplemente matando el tiempo mientras me voy petrificando lentamente. No estoy muerto ni inerte. Mi cabeza sigue funcionando. Tengo muchas cosas poco claras, incluido yo mismo, y quiero sentarme a pensar. ¿Quién ha tenido nunca mejor oportunidad? ¿Qué pasa si *no puedo* volver la cabeza? Puedo mirar perfectamente en cualquier dirección haciendo girar la silla de ruedas, y escojo mirar atrás. Y a pesar de la opinión contraria de Rodman, ésa es la única dirección de la que podemos aprender.

Después de que me amputasen y durante el largo tiempo que estuve en cama sintiendo lástima de mí mismo, llegué a sentirme como un pájaro del contorno. Quería volar hacia atrás y dar vueltas por las estribaciones de la sierra, sólo para mirar. Y si ya no tuviera sentido alguno pretender estar interesado en saber a dónde voy, siempre podría consultar dónde había estado. Y no me refiero al asunto de Ellen. Creo sinceramente que no es algo así de perso-

nal. El Lyman Ward que se casó con Ellen Hammond y engendró a Rodman Ward y dio clases de Historia y escribió algunos libros y monografías sobre la frontera del Oeste, y padeció ciertas catástrofes personales que quizás se había merecido y sobrevivió a ellas después de imponerse y que ahora se sienta para hablarse a sí mismo por un micrófono, ése ya no tiene tanta importancia. Me gustaría ponerlo en un marco de referencia y comparación. Mientras voy pasando los papeles que mis abuelos, sobre todo mi abuela, dejaron tras ellos, tengo atisbos de unas vidas cercanas a la mía, relacionadas con la mía de formas que logro reconocer pero no comprender completamente. Me gustaría estar en sus pellejos durante un tiempo, aunque sólo fuera para no tener que vivir en el mío. En realidad, cuando miro para abajo hacia donde mi pierna izquierda se dobla y la derecha se termina, me doy cuenta de que no es que quiera ir hacia atrás, sino hacia abajo. Quiero tocar una vez más la tierra cuyo contacto me ha sido amputado.

En mi cabeza escribo cartas a los periódicos en las que digo Apreciado Director, como hombre moderno y con una sola pierna, estoy en disposición de decirle que las condiciones son similares. Nos han cortado algo, el pasado ha sido cerrado y la familia se ha roto y el presente avanza en su silla de ruedas. Tenía una esposa que después de veinticinco años de matrimonio adquirió la coloración de los años sesenta. Y tengo un hijo que, aunque nos tenemos afecto mutuo, es tanto mi verdadero hijo como si respirase por agallas. No se trata de la brecha entre generaciones, hablamos de un abismo. Los elementos han cambiado, los órdenes de magnitud y clase son completamente nuevos. Este presente de 1970 ya no es la continuación del mundo de mis abuelos, este Oeste ya no es un desarrollo del Oeste que ellos ayudaron a construir, más allá de lo que el mar de Santorini es una extensión de la que un día fue isla de rocas y olivos. Mi esposa se va después de un cuarto de siglo para convertirse en alguien a quien nunca conocí, mi hijo empieza desde el cero absoluto a partir de sus propios supuestos.

Mis abuelos tuvieron que vivir a su manera el paso de un mundo a otro, o a otros varios, construyendo lo nuevo de lo viejo de la

manera en que los corales viven haciendo subir su arrecife. Yo estoy de parte de mis abuelos. Creo en el Tiempo, como creían ellos, y en la vida cronológica más que en la vida existencial. Vivimos en el tiempo y a través del tiempo, levantamos nuestras chozas en sus ruinas, o eso hacíamos, y no podemos permitirnos todos estos abandonos.

Y etcétera. Las letras se disuelven como la conversación. Si hablase con Rodman en estos términos y le dijese que las vidas de mis abuelos me parecen orgánicas y las nuestras ¿qué?, ¿hidropónicas?, me preguntaría burlonamente qué quería decir. Que defina mis términos. ¿Cómo se mide el residuo orgánico de un hombre o una generación? Todo eso son metáforas. Lo que no puedes medir, no existe.

Rodman es un gran medidor. Le interesa el cambio, de acuerdo, pero sólo como proceso; y le interesan los valores, pero sólo como datos. X personas creen tal cosa, Y personas tal otra, mientras que hace diez años Y personas creían lo primero y X lo segundo. El índice de cambio es tal. Nunca retrocede más de diez años.

Como otros revolucionarios de Berkeley, está convencido de que el mundo postindustrial y postcristiano está desgastado, corrompido en su herencia, sin capacidad de hacer evolucionar las instituciones sociales y políticas, las formas de relaciones personales, las convenciones, moralidad y sistemas éticos (en tanto en cuanto todo esto sea efectivamente necesario) adecuados para el futuro. De este modo la sociedad está paralizada y se la debe dejar suelta. Él, Rodman Ward, héroe cultural plenamente armado hijo de ese cráneo obsesionado por la historia, estará feliz proporcionando anteproyectos, o quizás ultimátums y manifiestos que nos salvarán a todos y nos traerán una vida de auténtica libertad. También a la familia. El matrimonio y la familia, tal como los hemos conocido, se están extinguiendo. Es un Paul Goodman salido de Margaret Mead. Está sentado en todas las sentadas, nos reformará *malgré* nosotros mismos, hará su tortilla y a la mierda los huevos rotos. Como el comandante en Vietnam, lamentará mucho tener que destruir nuestra aldea para salvarla.

20 WALLACE STEGNER

La verdad sobre mi hijo es que a pesar de su buen natural, su inteligencia, su extensa formación y su energía arrolladora, es tan directo como una patada en la espinilla. Hasta para llamar al timbre es perentorio. Su pulgar nunca se pregunta si hay alguien dentro, y espera a verlo. Aprieta, y a los diez segundos vuelve a apretar, y un segundo después vuelve a apretar el botón y allí queda fijo. Así es como llamó a mi puerta este mediodía.

Respondí con lentitud porque me imaginaba quién era: el dedo le delataba. Ya esperaba su visita, y la tenía. También estaba trabajando tranquilamente y no me gustaba que me molestasen.

Me encanta este viejo estudio de la abuela. Por las mañanas está lleno de sol y el aparato y la decoración informal de la vida que en Norteamérica envejecen tan deprisa, aquí han conservado una confortabilidad gastada pero invariable que no viola demasiado mi magnetófono ni la luz fluorescente del escritorio y otras cosas que he tenido que añadir. En cuanto encajo las ruedas de mi silla en la cavidad recortada de la larga mesa quedo sentado con tres lados de libros y papeles a mi alrededor. Una pila de libretas amarillas, una jarra con plumas y lápices y el micrófono de la grabadora están justo a mano; en la pared de delante de mi cara hay algo que mi abuela siempre tuvo allí colgado durante toda mi infancia: un ancho cinturón de cuero, un revólver con cachas de madera de la caballería de tiempos de la Guerra de Secesión, un cuchillo de monte y un par de espuelas mexicanas con rodajas de nueve centímetros. En el mismo momento que las descubrí dentro de una caja volví a ponerlas donde siempre habían estado.

El Señor sabrá por qué las colgaba allí donde tenía que verlas cada vez que levantaba la vista. Porque, ciertamente, no eran nada de su estilo. Mucho más de su estilo son las sombras temblorosas de los racimos de glicina que el sol matutino proyecta en esa pared. ¿Las colgaría allí para que le recordasen su primera experiencia en el Oeste, la casita entre las encinas de New Almadén a donde llegó de recién casada en 1876? Por sus cartas sé que el

abuelo las tenía colgadas en el arco entre el comedor y la sala cuando llegó ella, y que ella las dejó porque tuvo la sensación de que significaban algo para él. El revólver que su hermano había traído tras quitárselo a un rebelde prisionero, el cuchillo que él mismo había llevado durante todos sus primeros años en California, las espuelas que le había regalado un mayorista mexicano en la Comstock. ¿Pero por qué repuso los trofeos primitivos y masculinos de su marido aquí, en Grass Valley, media vida después de New Almadén? ¿Colgó aquellos objetos tan del Oeste bien a la vista como un recordatorio, como reconocimiento de algo que le había sucedido? Creo que quizás sí.

En cualquier caso, yo estaba allí sentado justo antes del mediodía, contento de mente y lo más confortable de cuerpo que puedo llegar a estar. Esa ligera actividad de levantarme y desayunar, y que hago sin Ada, y la influencia del café y la primera aspirina del día, y el sol tibio en el cuello y en mi lado izquierdo, son verdaderas bendiciones matutinas.

Y entonces ese dedo en el timbre.

Me eché hacia atrás para salir de entre los papeles bañados por el sol e hice girar la silla. Dos años de práctica no me han acostumbrado del todo a la sensación doble que acompaña la locomoción en silla de ruedas. Por arriba, estoy tan rígido como una estatua; por abajo, con suave fluidez. Me muevo como un piano en un salón. Como funciono por baterías, no hay esfuerzo físico, y como no puedo mover la cabeza hacia arriba, hacia abajo ni a ninguno de los lados, los objetos parecen rotar a mi alrededor, deslizarse a lo largo de mi campo de visión, del periférico al frontal y al periférico contrario, en vez de notar que yo me muevo entre ellos. Las paredes dan la vuelta, dejan a la vista las ventanas de bisagra, el asiento de la ventana, los racimos de la glicina de fuera; luego la pared siguiente con sus fotografías del abuelo y la abuela, sus tres niños, un dibujo a la aguada de la más pequeña, Agnes, a los tres años, una niña que parece toda ojos; y rotando aún más, las cartas enmarcadas de Whittier, Longfellow, Mark Twain, Kipling, Howells, el presidente Grover Cleveland (las enmarqué yo, no ella); y

22 WALLACE STEGNER

después el giro se frena y quedo apuntando a la puerta con la luz del sol estirándose sobre las viejas tablas marrones. Para cuando he llegado al vestíbulo de arriba, mi visitante aprieta el botón del timbre con una mano y llama con los nudillos de la otra.

Aunque he ganado en destreza en los diez días que llevo aquí, me llevó un minuto entero ponerme en posición sobre las abrazaderas que sujetan mi silla al ascensor, y tuve ganas de gritarle desde allá arriba que por Dios santo lo dejase ya, que ya iba. Me ponía nervioso. Tenía miedo de hacer algo mal y terminar cayéndome abajo en un caos de metal retorcido y huesos rotos.

Cuando tuve la silla asegurada, moví la palanca de la pared y el extraño movimiento ingrávido del ascensor se apoderó de mí, me movió con suavidad, tiró de mí con el inevitable pánico en el plexo solar por el borde. Fui bajando como un buzo que se sumerge, el suelo se deslizaba sobre mi cabeza. Sin prisas, la pared del piso bajo hacia la que estaba dirigida mi cabeza rígida se iba desenrollando de arriba abajo descubriendo a medio camino el grabado de aquel lobo de mar prerrafaelita y sus encantados espectadores juveniles, una imagen que muy bien hubiera podido pintar la abuela, tan en sintonía está con sus aspiraciones procedentes del realismo doméstico. Luego, ya estaba al mismo nivel que el cuadro, lo que significaba que la silla se podía ver desde la puerta de entrada y que timbrazos y golpes habían cesado.

La silla aterrizó en medio de una luz tan turbia y verdosa como la luz bajo diez brazas: la ambición de aquella vieja glicina había sido siempre ahogar todas las ventanas de abajo. Levanté la abrazadera con una muleta y volví a meter la muleta en su alojamiento al costado de la silla, y con cuidado, además, porque sabía que él me estaba observando y quería impresionarlo con mis hábitos completamente a prueba de accidentes. Un toque en el mando del motor, una mano en la rueda, y otra vez en marcha. La pared fue pasando hasta que entró en foco la cara de Rodman enmarcada en el pequeño paño de la puerta como la cara de un pez que se planta ante la visera de la escafandra del buzo: un pez barbudo que sonreía, distorsionado por el bisel del cristal, y que agitaba una vigorosa aleta.

Estos son los resultados, la mayoría negativos desde su punto de vista, de la visita de Rodman:

(1) No me convenció —aunque para hacerle justicia digamos que no lo intentó demasiado— de volver e irme a vivir con ellos o iniciar los trámites para llevarme a la residencia de ancianos de Menlo Park.

(2) No me convenció de que dejara de circular en mi silla de ruedas cuando estoy solo. Claro que me di un golpe en el muñón, mientras le hacía una demostración de la movilidad que tengo y con qué astucia he transformado todas las escaleras en rampas. ¿Pudo deducir de mi expresión lo mucho que me dolió, viéndome allí sentado sonriendo y sonriendo y deseando poder coger entre mis dos manos aquel pobre pegote de huesos y carne retorcido y aserrado y balancearme hacia atrás y hacia adelante y apretar los dientes y aullar? ¿Y qué, si pudo? Cuando no estoy haciendo exhibiciones para demostrar mi competencia ante quienes dudan de ella, puedo circular con esta silla casi por todos los sitios que puede él sobre sus piernas, e igual de seguro.

(3) No voy a instalar un *walkie-talkie* en la silla de modo que si tengo problemas pueda llamar a la policía de carreteras. Él lo había organizado todo, y me presionaba para que lo aceptara. Pero la única emergencia que tengo algunas veces ocurre cuando estoy lejos del cuarto de baño y con demasiados dolores para bajarme de la silla a hacer mis necesidades, y mi botella de orina rebosa. El servicio se llama El Amigo Policía, y los guardias y yo podríamos pasar un rato agradable intercambiando comentarios sobre esas ocasiones embarazosas en que nos han pillado con la botella llena, pero dudo de que ningún guardia se tome eso como una emergencia seria.

(4) No me produce ansiedad lo de «acabar como mi padre». Está claro que ellos sí tienen miedo porque estas cosas pasan en la familia, y ése es el tipo de reconocimiento a la historia que bajo otras circunstancias me gustaría que Rodman hiciera. Sin duda mi padre tuvo una vida rara e infeliz, y sin duda que se quedó aquí tiempo y tiempo después de que la mina hubiera cerrado, y al final andaba tan perdido que Ada y Ed Hawkes tuvieron que cuidar de él como

hubieran cuidado de un hijo caprichoso y malcriado. Rodman no deja de preguntar qué pasaría si un día llega aquí y me encuentra hablando solo como el abuelo. Pero hubiera podido decirle que yo hablo solo todo el tiempo, por este micrófono, y que me encuentro a gusto con esa compañía. Sabe tan bien como yo que en el caso de que deje de regir correctamente podrá acudir a la ley para quitarme de en medio, como yo tuve que hacer con mi padre.

(5) No voy a pedir a Ed y Ada que se instalen en el piso de abajo. Han vivido toda su vida en la casita al pie de la cuesta y no necesito tenerlos más cerca.

(6) No voy a dejar este asunto de los papeles de la abuela y escribir un libro sobre «alguien interesante». Rodman pretende tener miedo de que por razones sentimentales desperdicie en alguien «que no es nadie» lo que él llama, para adularme, mi «talento de primera» (menosprecia la historia pero se le veía conmovedoramente orgulloso cuando ganó el premio Bancroft). Su idea de personaje interesante es profundamente vulgar. Como no tiene sentido histórico sólo es capaz de pensar que el interés de la historia ha de ser el «color». ¿Qué le parecería alguna personalidad en tecnicolor de las Minas del Norte de las que ahora sé mucho? Digamos Lola Montez, aquella chica salvaje de una turbera irlandesa que llegó a ser amante de la mitad de los hombres célebres de Europa, incluyendo a Franz Liszt y Dumas, *père o fils* o los dos, antes de liarse con el rey Luis I de Baviera que la hizo condesa de Landsfeld. Y de allí, en 1856, a San Francisco, donde bailaba la danza de la araña para los mineros y los caballeros de fortuna (*¡No, Lola, no!*), y de allí a Grass Valley para vivir dos años con un oso amaestrado que no podía suponer mucha mejoría respecto a Luis.

Esa es la idea que tiene Rodman de la historia. Hasta el último anticuario de cuarta del Oeste ha cribado la escasa gravilla de Lola. Mis abuelos son una vena profunda que nunca se ha excavado. Eran *personas*.

Estoy seguro de que Rodman no sabe nada de nada del abuelo, no sabe nada de su inventiva ni de su genio para tener grandes ideas veinte años antes de su tiempo, y de su lucha por hacer algo grande

y productivo humanamente y ser uno de los que construyeron el Oeste. Sé que cuando aceptó el trabajo de superintendente de la mina Zodíaco fue como una especie de rendición, aunque todavía no conozco los detalles. Es probable que Rodman opine que ése era el tipo de trabajo que el abuelo persiguió toda su vida y que finalmente consiguió. Probablemente piense de él que fue un George Hearst de segunda, ni lo bastante sinvergüenza ni con el éxito suficiente para resultar interesante.

Pero es interesante que, al parecer en un intento por comprender mi aberración actual, Rodman se haya tomado la molestia de leer algunos de los cuentos de la abuela y mirar unas cuantas revistas con sus dibujos. Y muy característicamente, no vio nada en ello. Todo lleno de piadosa renunciación, dice, todo cubierto de protectores tapetes victorianos. Me citó lo que ella misma señalaba de que escribía desde un punto de vista protegido, el punto de vista de la mujer, como prueba de que toda su vida transcurrió yendo de inexperiencia a inexperiencia.

Los dibujos, lo mismo. Si, como le aseguré apoyándome en citas de las historias del arte norteamericano, había sido la ilustradora femenina más conocida de su tiempo y la única mujer que hizo una contribución significativa a la descripción gráfica del Oeste primitivo, ¿cómo es que nadie colecciona su obra? Una ilustradora *femenina*, repite con jovial condescendencia. Sin embargo, su nombre siempre sale en los periódicos como defensor de las minorías desfavorecidas, y la semana pasada mismo sacaron su fotografía en el *Chronicle* formando parte de un piquete del Frente de Liberación Femenino.

Bueno, abuela, déjame salir de este escritorio y darme la vuelta y contemplarte allá en tu marco de nogal junto a las cartas de personas que te escribían como su respetada contemporánea. ¿Debo interesarme por ti aun cuando hayas sido histórica, blanca, mujer y abuela mía? ¿Todos tus talentos, y los del abuelo, y todos los esfuerzos de una vida larga y esforzada se quedan solamente en producirnos a Rodman y a mí: un sociólogo y un inválido? ¿Nada hay en tu vida o en tu arte que pueda enseñarle algo a un hombre moderno y a uno con una sola pierna?

Una dama cuáquera de elevados principios, esposa de un ingeniero de no demasiado éxito al que apoyaste durante años de esperanzas postergadas, viviste en el exilio, lo escribiste, lo dibujaste —New Almadén, Santa Cruz, Leadville, Michoacán, el valle del río Snake, las minas profundas de cuarzo justo debajo de esta casa— y seguiste siendo todo el tiempo una esnob cultural. Incluso cuando viviste en un campamento en un cañón, tus hijos tenían una institutriz, nada menos, sin duda alguna la única en todo Idaho. Lo que tú soñabas para tus hijos era un sueño cultivado en el Este.

Y sin embargo, ¿recuerdas las cartas que recibías a menudo de mineros y geólogos y supervisores aislados que se habían encontrado un ejemplar del *Century* o del *Atlantic* y habían visto allí retratadas sus vidas, y te escribían para preguntarte cómo era posible que una dama de tan evidente refinamiento supiese tanto de galerías, rebajes, escombreras, bombas, menas, ensayos, leyes mineras, usurpación de concesiones, alzado de planos subterráneos y otros temas así? ¿Recuerdas aquél que quería saber dónde habías aprendido a manejar con tanta soltura un concepto técnico como «ángulo de reposo»?

Supongo que responderías que «viviendo con un ingeniero». Pero estabas demasiado alerta a todas las posibilidades figurativas de las palabras para no ver que esa frase describe al ser humano tanto como a la inercia de los áridos. Como tú dijiste, era demasiado bueno para la simple arena; intentaste aplicarlo a tu propia vida incómoda y errabunda. Es el ángulo al que apunto para mí mismo, y no me refiero al rígido ángulo en el que descanso en esta silla. Me pregunto si tú lo alcanzaste alguna vez. Hubo un tiempo allá en Idaho en que todo iba mal; la carrera de tu marido, tu matrimonio, el sentido de ti misma, la confianza, todo parecía desagregarse. ¿Lograste salir de aquello y entrar en algún ángulo reposado de treinta grados y vivir feliz para siempre? Cuando moriste a los noventa y un años, la necrológica del *New York Times* hablaba de ti como una mujer del Oeste, una escritora y artista del Oeste. ¿Hubieras aceptado esa etiqueta? ¿O te aferraste para siempre a la sensación que le explicaste a Augusta Hudson en una carta desde el fondo

del fracaso en el cañón de Boise, que ni siquiera los expatriados de Henry James estaban tan exiliados como tú? Vivimos juntos en esta casa todos los años de mi infancia, y muchos veranos más después. ¿Era la tranquilidad que yo siempre sentía en ti un reposo verdadero? Desearía pensar eso. Es una de las cuestiones que quisiera que tus papeles me respondiesen.

Si Henry Adams, al que conociste ligeramente, pudo construir una teoría de la historia aplicando la segunda ley de la termodinámica a los asuntos humanos, yo debería tener derecho a basar otra en el ángulo de reposo, y puede que aún lo haga. Hay otra ley física que me tienta también: el efecto Doppler. El sonido de cualquier cosa que se acerca a ti —un tren, digamos, o el futuro— tiene un tono más alto que el sonido de la misma cosa cuando se aleja. Si tienes un oído perfecto y una buena cabeza para las matemáticas puedes establecer la velocidad del objeto por el intervalo entre los sonidos de llegada y partida. Yo no tengo un oído perfecto ni cabeza para las matemáticas, pero de todos modos, ¿quién va a querer establecer la velocidad de la historia? Como todos los cuerpos que caen, su aceleración es constante. Pero sí me gustaría oír tu vida como tú la oyes, acercándose a ti, en vez de oírla como yo la oigo, un sonido austero de expectativas reducidas, deseos mitigados, esperanzas postergadas o abandonadas, oportunidades perdidas, derrotas aceptadas, agravios sufridos. No encuentro que tu vida no tenga interés, como dice Rodman. Me gustaría poder oírla tal como sonaba mientras sucedía. Ya que no tengo futuro propio, ¿por qué no habría de esperar impaciente a saber el tuyo?

Tú estuviste anhelando el pasado una buena parte de tu vida, y eso producía otra clase de efecto Doppler. Incluso cuando prestabas atención a las obligaciones de ese día y de mañana, oías alejarse el sonido de aquello a lo que ya habías renunciado. Te llegaba de segunda mano en las cartas de Augusta Hudson. Viviste por delegación en ella, cenabas con los grandes de la literatura, visitabas a La Farge en Newport, almorzabas en la Casa Blanca, viajabas por Italia y por Tierra Santa. El cotidiano esplendor de las obligaciones sociales de Augusta iluminaba tu ardua pobreza del mismo modo

que a ti te gustaba iluminar tus dibujos, con una entrada de luz desde arriba y a un lado. Es testigo esta carta que justo estaba leyendo, escrita cuando Augusta se estaba trasladando a Stanford White, su mansión en Staten Island: «Antes de que enciendas un fuego en tu nueva chimenea, reúne a tus hijos y ponlos delante mirando hacia arriba y luego, con la luz dándoles así desde arriba, píntalos y mándamelos».

¿Dónde vivía la abuela cuando expresó ese antojo sentimental? En una choza en el cañón del Boise.

De no ser por su matrimonio hubiera sido también parte respetada de lo que, casándose con quien se casó, tuvo que dejar atrás. Pienso que su amor por mi abuelo, por verdadero que fuese, tuvo siempre algo de forzado. Seguramente aceptó de manera inconsciente la opinión de que ella era mejor y más capaz que él. Me pregunto si hubo algún momento en que lo entendiese y apreciase en su totalidad. Me pregunto si hubo algún momento en el que el Este y todo ese refinamiento a lo Edith Wharton quedó fuera de ella con la misma certeza con que las células de su cuerpo juvenil habían sido sustituidas por otras nuevas.

No es que convirtiese en fetiche sus talentos, ni se considerase por encima de nadie. Se sumergía en las cosas con energía, nunca tenía miedo al trabajo. John Greenleaf Whittier dijo que era la única jovencita que conocía capaz de llevar una conversación en serio sobre el último número de la *North American Review* mientras restregaba el suelo de su madre. Si hacía falta, aguantaba, e incluso disfrutaba, las tareas físicamente duras. En Leadville mantenía la casa en aquella cabaña de una sola habitación, y en aquella única habitación presidía las tertulias que insistía en que eran tan buenas como las mejores de todo el país (y ella lo sabía bien). Toda su vida amó la conversación, el debate, la compañía. Cuando yo era niño siempre nos visitaba gente como el rector de Yale o el embajador norteamericano en Japón. Se sentaban en la *piazza* y hablaban con la abuela mientras el abuelo escuchaba trabajando en silencio en sus rosales.

Pero eso fue después de que hubiera alcanzado, o así pareciera,

el ángulo de reposo. Yo la recuerdo como Susan Burling Ward, una señora anciana. Es más difícil imaginársela siendo la jovencita Susan Burling antes de que el Oeste y todo lo que el Oeste implica le hubieran sucedido.

Desde que Ada me dejó tomando mi cena y se fue a su casa a prepararle la cena a Ed, he estado mirando los papeles que se refieren a sus primeros años. Hay entre ellos un artículo que escribió Augusta, poco después de 1900, en una revista llamada *The Booklover*, el amante de los libros. Una cosa tan buena como cualquier otra con la que empezar.

Los botánicos nos dicen que el capullo es una evolución de la hoja, pero no saben decirnos por qué simplemente ese brote en particular ha de tomar del mismo aire y el mismo sol una sustancia más leve, un color más profundo, una existencia más permanente, y convertirse en algo ante lo que se detienen todos los que pasan y siguen su camino más felices después de verlo. ¿Por qué de un robusto tallo de campesinos y mercaderes había de brotar una muchacha que florece y se convierte en contadora de historias con el lápiz y las palabras?

*Susan Burling viene de una estirpe de campesinos, por el lado paterno, que han vivido en Milton sobre el Hudson durante muchas generaciones. Por el lado materno es una Manning, comerciantes; pero ambas ramas son miembros de la Sociedad de los Amigos.**

Se crió siendo la más joven y la mimada de la familia, rodeada siempre de esa atmósfera de amor y deber en la que palabras y miradas agrias son desconocidas, y obtuvo una cierta disciplina de independencia al enviarla a Nueva York para estudiar Bellas Artes. Era aún una muchacha muy joven, que sólo había cursado la escuela secundaria en Poughkeepsie, donde había destacado en matemáticas. Desde muy pequeña quiso dibujar, y las pequeñas composiciones de sus doce años tienen ya una idea clara de «colocación» y relato.

* Denominación oficial del movimiento religioso cuáquero, fundado en Inglaterra en el siglo xvii. (N. del T.)

La escuela femenina de diseño del Cooper Institute era el único lugar, en esa época, en que una muchacha podía recibir algo parecido a una educación artística. Las escuelas de la Academia de Dibujo estaban sometidas a toda clase de restricciones, y todavía no existía la Liga de Estudiantes de Arte. Fue allí donde la vi por primera vez: de figura muy juvenil, delicada y sin embargo llena de vigor. Montaba bien y esa destreza le sería de gran utilidad para destacar en México y en el Oeste donde, en efecto, a nadie se respeta de verdad si no sabe manejar un caballo. Patinaba sobre sus pies pequeños como vuela una golondrina, y bailaba con la misma gracia y ligereza. Patinaba y bailaba mejor que todas nosotras.

Y ya basta. Patinar, bailar. Me cansa pensar en toda aquella vitalidad juvenil, me pone inexplicablemente triste verla ahí en la pared, como una mujer mayor que ya ha trocado la vivacidad por la resignación. Pero continúa presentando el mismo perfil limpio, la cabeza pequeña y definida de camafeo, que muestran sus primeros retratos, iluminada —estoy seguro de que eso se lo impuso al pintor— por una radiación crepuscular que viene de arriba y a un lado. A pesar de los ojos bajos, hay algo intratable en ti, abuela, pero estoy demasiado cansado y dolorido para ocuparme de ello. Llevo demasiado tiempo ante esta mesa, y la visita de Rodman no me ha ayudado. Ven, Ada, date prisa. Me duele todo: el cuello, los hombros, la espalda, las muñecas, el muñón. Quiero oír tu llave en la puerta, quiero que entrechoques los platos de mi cena en el fregadero y pieces a subir con trabajo las escaleras.

Esta casa cruje y cambia en la oscuridad. Es incluso más vieja que yo, y está casi tan estropeada, y puede doler igual. Vamos, Ada, antes de que empiece a pensar que Rodman y Leah tienen razón. Un día demasiado largo. No tengo que volver a permitir que dure tanto. Mañana, con el sol en la habitación, estaré mejor. Las mañanas, y tal vez una o dos horas de la tarde, y ya basta. Ada, ven, ven. Aparece en esa puerta. Que oiga tu voz áspera de «primo Jack».

—Eh, señor Ward, ¿que no estamos listos para ir a la cama?

Dirá señor Ward, no Lyman. Hace cincuenta años jugábamos juntos, aunque nunca con aprobación total de la abuela. ¿Qué hubiera dicho si nos hubiese visto con los pantalones bajados en el polvoriento cobertizo de Attle? Pero Ada nunca da por sentada nuestra relación infantil. Nada de toda esa democracia legendaria del Oeste funcionaba en nuestras relaciones, sólo la democracia de los niños. Su abuelo trabajó para el mío, y su padre para mi padre, en esta misma vieja Zodíaco cuyos agujeros de topo perforan la montaña que tenemos debajo (y por eso la casa se ha asentado con tan poca firmeza). Tres generaciones de Trevithick y Hawkes trabajando para tres generaciones de Ward. El Oeste no es tan nuevo como algunos piensan.

Gracias a Dios, Ada mide uno ochenta y es fuerte como un hombre. Es alegre, normal, de fiar. Se ocupa de mi persona y de mis problemas con la misma naturalidad con la que cambia el pañal de un bebé. Me imagino que yo soy su bebé, como lo fue mi padre en sus últimos años. ¿Desea acaso que todos los Ward se mueran de una vez y la dejen descansar, o se sentirá vacía sin uno de nosotros que cuidar? ¿La turbará verme desnudo cuando me desviste y me baña? ¿Le dará escalofríos mi muñón? ¿La dejará de piedra mi cabeza rígida de Gorgona? ¿Piensa en mí como un viejo amigo, como el pobre Lyman, como ese señor Ward con tan mala suerte, como un esperpento, o simplemente como un objeto del que ocuparse, como una sartén pringada?

Pienses lo que pienses, ven ya, Ada. Necesito ese baño y esa cama y ese bourbon de la hora de acostarse. Pienses lo que pienses, yo ya he aprendido a no pensar nada. Funciono por rutina, acepto servicios de mujeres contratadas que nunca hubiera aceptado de mi mujer antes de convertirme en esperpento. Cuando tapas el arco de la puerta con tu bulto y avanzas arrastrando tus pies artríticos deformados por los juanetes, con un ruido reconfortante, el alma se me escapa de pura gratitud.

Tenemos ya una confortable rutina, repetimos los movimientos habituales y cada paso nos tranquiliza. Cuando abre el grifo de la bañera pongo en marcha mi silla y entro en el dormitorio y me

pongo justo al lado de la puerta del cuarto de baño. No nos preocupamos de las muletas. Ella ayuda a su grotesco pelele a incorporarse y aferrarse a ella, mientras sus manos agarrotadas, las últimas falanges torcidas en casi un ángulo recto, enredan con cremalleras y botones. Nunca se ha quejado..., seguro que piensa que eso no es nada al lado de lo mío. Gruñendo por el esfuerzo me levanta —ella diría que me «coge a peso»— del estribo de la silla y yo me quedo ahí cogido, dolorido como siempre, desnudo, incapaz, mientras ella mete una mano en el agua para probarla. Luego vuelve y coge a peso en el aire a su muñeco mutilado hasta que la última prenda de ropa se le cae del pie, y lo deposita entre suspiros y gruñidos en la bañera.

El agua está tan caliente que hace que el muñón cicatrizado se contraiga y me escueza, pero tiene que estar así de caliente para que alivie mis dolores lo suficiente como para permitirme dormir. Trabajosamente se pone sobre sus rodillas y sin titubear me enjabona y me aclara todo el cuerpo. Sus dedos agarrotados me recorren la piel, tiesos como estacas. El muñeco está sentado muy rígido, apuntando directamente a los asideros que emergen de la pared. Cuando termina se inclina con fuerza y pasa los brazos por detrás de su cuello. Luego se echa para adelante y aquí está ya, desnudo y sonrosado, su bebé peludo con su muñón rojo encendido. El agua le moja el delantero del vestido, la cabeza rígida observa lo que hay a su espalda.

Teniéndolo sujeto, murmurando y cloqueando mientras se esfuerza, lo envuelve en una toalla hasta las rodillas y después se lo pone alrededor de la cintura y lo agita sobre su gran pecho y lo hace girar hasta que la pierna, encogida para no tropezar con el borde de la bañera, puede enderezarse encima de la alfombrilla. Lo aprieta contra ella con la intimidación de un marido y le pasa la toalla por todo el resto de él y lo coloca en la silla y la empuja hasta la cama. Otra elevación y las nalgas descansan en lo blando. Allí queda sentado tiritando en su toalla mojada hasta que ella llega con la botella y el tubo para la orina. Cuando los tengo ya sujetos ella comprueba el acoplamiento con un tironcito despreocupado.

Ahora el pijama, delicioso sobre la piel fría, y la ayuda hacia atrás hasta que el cuerpo que lleva demasiado tiempo hacia arriba es recibido por el colchón y las almohadas. Coloca el teléfono al lado, remete la ropa de cama. Finalmente, se acerca al armarito de al lado del escritorio y coge la botella y dos vasos y nos tomamos una última copa agradablemente juntos, como viejos amigos.

Oh, date prisa, Ada Hawkes. No quiero tener que llamar por teléfono. Eso sería dar a entender algo que no quiero dar a entender.

Mi abuelo, mucho antes de que tu abuelo Trevithic lo conociera, antes de que ganara peso y se enamorase de las flores y aprendiera a buscar el consuelo en una botella solitaria, era un trabajador incansable. Muchas veces se hizo a caballo ciento sesenta kilómetros al día, seiscientos cincuenta kilómetros en una semana, aceptando la prueba que suponían semejantes viajes. A pesar de su mala vista y sus migrañas, en bastantes ocasiones trabajaba toda la noche en mapas y en informes. Cuando estuvo realizando el levantamiento topográfico subterráneo de la mina de New Almadén, permaneció veinte horas consecutivas bajo tierra. No podía entender, como tampoco podía mi abuela, esa debilidad de ansiar el refugio de un pecho maternal y un par de manos suaves retorcidas.

«El mejor huevo del cesto», decía de mí cuando era un niño y quería ayudarlo a plantar y podar y apuntalar y espaldar sus frutales híbridos creados por Luther Burbank. Me gustaría ser esa clase de huevo. E incluso ahora tomo como referencia sus estándares para mis acciones. Si aquí hablase para alguien más que yo mismo, hace mucho que me hubiera callado. Probablemente sea una equivocación quejarme, hasta a mí mismo. No lo haré.

Pero, oh, Ada, vente aquí, ya son las nueve pasadas.

Y ahí, como una campana que da la hora con retraso, oigo su llave en la cerradura de abajo.